

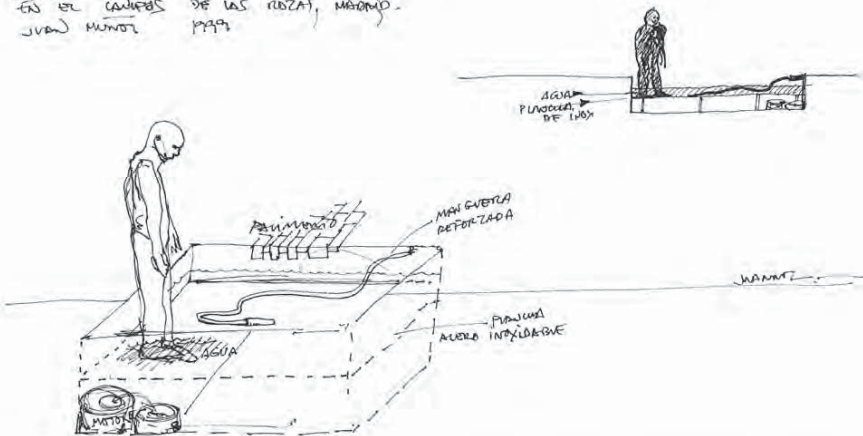
JUAN MUÑOZ
CHINO SONRIENDO (2000)
 CAMPUS DE LAS ROZAS. UNED

Siguiendo los criterios habituales sobre la categoría del artista invitado y la plausible adecuación de su obra al espacio en donde debía colocarse, a mediados de 1999 nuestra Universidad encargó a Juan Muñoz (1953-2001) una nueva obra de arte público para el Campus de las Rozas. La ejecución del proyecto al año siguiente coincidió con la concesión del Premio Nacional de Artes Plásticas que le otorgó el Ministerio de Cultura y el éxito alcanzado en 2001 por la instalación “Double Bind”, que ocupó y transformó los espacios de la sala de turbinas en la Tate Modern de Londres, catedral laica del arte actual internacional.

Tal vez, ambos acontecimientos contribuyeron a que pasara casi inadvertida y siga siendo desconocida, incluso en las monografías dedicadas a este brillante artista, unas de las pocas intervenciones permanentes de arte público que realizó no sólo en España, sino, si no estoy mal in-



PROYECTO PARA EL EDIFICIO DE LA UNED
 EN EL CAMPUS DE LAS ROZAS, MADRID.
 JUAN MUÑOZ 1999

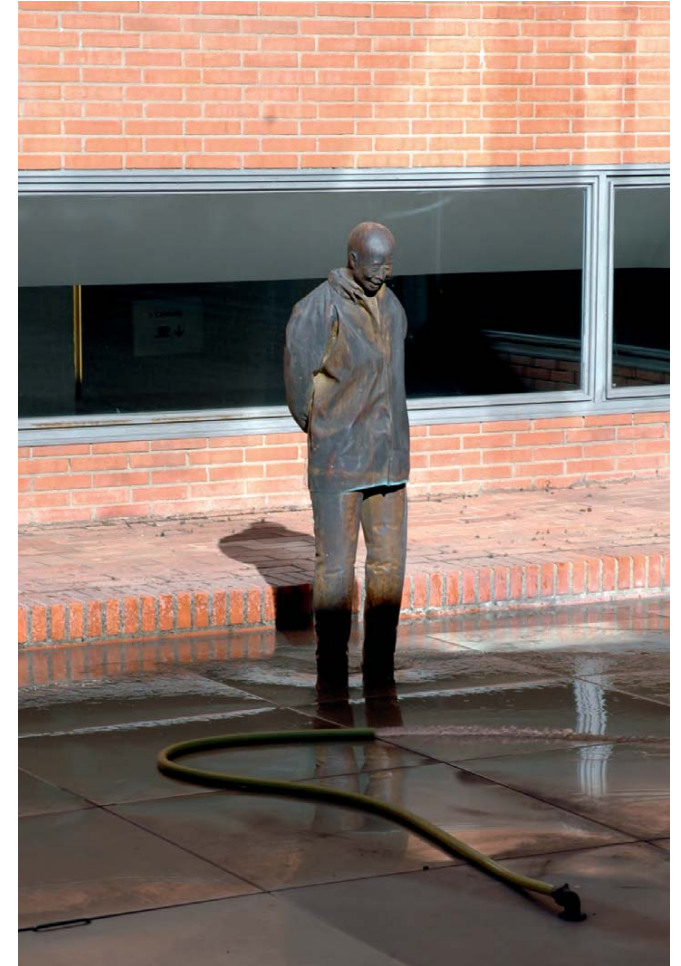


EN EL INTERIOR DEL ESPACIO SE COLOCA UNA FIGURA DE UN CHINO SONRIENDO
 EN UNO DE LOS BRANCO QUE REPRESENTA LOS CAMBIOS Y MOVIMIENTOS DE UNA MANIPULADA
 QUE HELMA AGUA A DISTANCIAS RÍTMICAS CONTINUOS POR BOMBAS QUE EXTRA
 ESCALDAS DEBIDO DE UNA SUPERFICIE DE LA MISMA DIMENSION DEL INTERIO
 DEL ESPACIO Y REFORZADA EN ACERO INOXIDABLE

formado, en cualquier otra geografía. La singularidad de la concebida y realizada para el Campus de Las Rozas estriba en que, a diferencia de las que preparaba para las exposiciones puntuales, no se trataba de una instalación temporal más a desmontar, sino de un encargo pensado para permanecer en el sitio como instalación permanente.

Es de esperar que ahora, cuando, como venturosa reacción a la acostumbrada incuria universitaria, se divulgue como se merece el Patrimonio de nuestra Universidad, obtenga el reconocimiento y la fortuna crítica, como acontece con las piezas de los demás artistas cuyas intervenciones “in situ” se recogen desde hace años de un modo destacado en los estudios y las monografías a ellos dedicados.

El encargo a Juan Muñoz venía sugerido y condicionado por las particularidades del lugar y la seguridad de que este “poeta del espacio”, como a veces ha sido considerado, satisficiera plenamente el desafío que suponía y las expectativas que despertaba la nueva intervención. Por lo que respecta al espacio concreto en donde debía colocarse, se de-



ció que fuera un patio interior del edificio de las Rozas, proyectado por el Estudio de Cano Lasso, en un brillante cruce entre el racionalismo atemperado y la maestría artesanal, que sigue la estela constructiva de la arquitectura madrileña en ladrillo.

En el momento previo a la intervención el patio, revestido completamente en su superficie con un pavimento continuo de ladrillo rojo similar al de los paramentos verticales, emergía visto desde el interior y las circulaciones acristaladas del edificio como un recinto vacío y un tanto



recolecto; incluso, como una metáfora de una ausencia tan sólo perturbada por una vetusta higuera y las promesas refrescantes del agua que algún día recalaría en el futuro estanque. Impregnado por este clima de la ausencia o tal vez por una sensibilidad que podríamos calificar de oriental, Juan Muñoz respondió con creces a cualquier expectativa.

Teniendo en cuenta que cuando se decide la intervención el recinto se hallaba todavía en un estado de obra inacabada y sin cualificar, Juan Muñoz aprovecha esta circunstancia para reestructurarlo en consonancia con sus objetivos plásticos. Conservó el tratamiento dado por la arquitectura a la superficie, el pavimento tal como estaba proyectado y las calidades formales que emanaban de la construcción en ladrillo, así como la higuera transplantada con su vetusted y el hueco reservado para un estanque sin terminar, pero alteró la función de este último elemento para configurar un nuevo contenedor que sirviera de escenario para la nueva instalación. En consonancia con ello, sustituyó el estanque por un plató en donde sitúa al personaje, pero de alguna manera todo el patio fue transformado en un entorno teatral y un decorado para la acción.

A este respecto me parece oportuno recordar que Juan Muñoz fue uno de los artistas que reivindicaron durante los años ochenta la recuperación de la forma humana, casi proscrita de la escultura autónoma y abstracta moderna, a medio camino entre la añoranza de la tradición clasicista del bulto y una economía neobarroca de la representación plagada de componentes conceptuales y adherencias cultas, estrategias alegóricas y metafóricas, que le inspiraban sus lecturas literarias y poéticas. De hecho, sus obras tienen que ver y guardan mucha complicidad con el espacio de la representación escénica y la teatralidad. Por

ello, al entrar en escena como si fueran actores, las figuras humanas no operan como piezas aisladas, sino que se relacionan estrechamente con la acción e implican al escenario en el que la desenvuelven, por el que pululan o las circunda, el cual a su vez pasa a formar parte integral de la representación artística.

De acuerdo con ello, en la intervención no rellena el fondo del estanque con agua, sino que lo recubre con una plancha de acero inoxidable sobre la que se yergue una figura humana que observa el movimiento de una vulgar manguera de jardín accionada por el motor que se oculta debajo de la plataforma. El maniquí monocromático, fundido en bronce, se encuadra en una de las dos categorías humanas que le atraían: los tipos idénticos asiáticos. Tanto la indumentaria como la expresión de la cara son genéricas. El artista lo identifica con un “Chino sonriendo”. Tal vez, uno de los que unos pocos años antes deambulaba por la “Plaza” (1996, Palacio de Velázquez, Madrid) y se había escapado de la multitud.

Aislado de los demás, ajeno a las distracciones y las sollicitaciones venidas del exterior, contempla absorto, sonriente y encantado de sí mismo, aunque inexpressivo en sus gestos, los ritmos y las sacudidas del fluir de agua de la manguera en un chorro antojadizo que se desparra por la superficie para formar una fina lámina y terminar filtrándose por las ranuras. La figura está como embutida en un traje sin atributos, al igual que el rostro carente de individualidad, al menos para un occidental. El inesperado personaje procedente de unas geografías en expansión, que irrumpe sorpresivamente en el escenario y lo ocupa simbólicamente, parece erigirse en alegoría de una presencia humana que no puede por menos de resultar un testigo incómodo, inquietante incluso, en un divertimento irónico con impulsos incontralables en el actual proceso civilizatorio.

Inesperadamente truncada su vida durante unas vacaciones en Ibiza en el cénit de su trayectoria artística, cuando estaba a punto de inaugurar una retrospectiva en el Hirshorn Museum de Washington, esta institución rinde a Juan Muñoz hasta el presente un homenaje con la “Conversation Piece” (1995), una instalación temporal formada por un grupo de personajes que se desenvuelven en animada conversación por el espacio exterior de los jardines del renombrado museo de la capital norteamericana.

S.M.F.